

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

Ó SAGASTA Ó SILVELA

El carro de los muertos, parado ante el Congreso, espera el cadáver del gobierno.

¡Pero cualquiera convence al Sr. Sagasta de que él y con él, todos sus compañeros de gabinete huelen que hieden á difunto!

Pensando en el presidente del Consejo, hay que creer en la inmortalidad de la vida. Ese hombre parece poseer el secreto del protagonista de la obra de Balzac: *Vivir siempre!* Es eterno como el mal! No hay quien pueda con él!

En política se dan esos milagros de cadáveres que andan.

«El gobierno está muerto!», gritan desde no sé dónde—siempre con ene minúscula—hasta Rodrigo Soriano. Y el Sr. Sagasta se sonríe, y gritaría si pudiese, qué no puede, porque aunque no le falta la confianza de la corona, la falta ya la voz y hasta va perdiendo el modo de andar:

«Los muertos que vos matais, gozan de buena salud!»

«Para qué sirven las Cortes—pregunta un periódico—, si no sirven ni siquiera para hacer una mala crisis?»

«Que para qué sirven las Cortes? Pues para divertirnos un rato! Como los teatros no funcionan por las tardes!...

«Si hubieran ustedes oído el otro día á Suárez Inclán! Qué bien habla ese hombre! Y sobre todo, qué bien pronuncia! La palabra *dignidad*, con qué fuerza de expresión sale de su boca! Oyéndole se olvida uno de sus carreras á pie, allá en Gijón, detrás de los coches ocupados por la servidumbre de palacio, cuando el viaje regio. Un hombre así no puede correr detrás de nadie. Si acaso correrán detrás de él.

Pero el más divertido de los oradores es sin duda Sagasta.

Imposible oírle sin reír á carcajadas. Jamás el cinismo tuvo mejor intérprete. ¡Con qué gracia miente, con qué gracia falsea la verdad! Qué *mimo*, Dios santo, qué *mimo*!

¡Ni Moret, el de la ola!

El gobierno, muerto y todo, seguirá gobernándonos. Aquí no ha pasado nada. ¡Lo del viaje regio! ¡Bagatelas! ¡Lo del proyecto contra la difamación de ese pobre Montilla! ¡Con no haberlo cuestionado de gabinete!... ¡Lo de sus negociaciones con Roma! ¡Pero si eso es un triunfo del gobierno!

Hay que desengañarse, Sagasta no se va; hay que echarlo.

Y después de todo, ¿para qué tomarse ese trabajo? Porque si Sagasta se va, vendrán á substituirlo los conservadores. Y malo es D. Práxedes. ¡Pero Silvela!...

Caballeros: aquí no nos queda otra solución sino morir por Dios.

Y ahora, permitanme ustedes una sola frase para desahogarme:

—¡Pero qué degradados estamos!

Sagasta y su estatua.

No es Sagasta hombre melindroso ni apocado, propio para morir de empacho ó para ahogarse en el Manzanares. Antes, en todo el curso de su larga y accidentada historia, ha dado pruebas reiteradas é inequívocas de cuajo desmedido y de tipo monumental. Con todo eso no ha osado pasar al pueblo de su naturaleza á contemplar su propia estatua y á mirarse cara á cara. ¡Por falta de tiempo! ¡Por apremios de la política! ¡Por urgencias de la cortesía! ¡Por escrúpulo! ¡Por modestia! ¡Ah, no! Más por el supersticioso temor, propio de una conciencia culpada, de que apenas le echara la vista encima, roja de cólera el broncíneo semblante, habría su homónimo de metal de increparle con los más violentos de nuestros. Así se lo presagió un sueño profético que ha pocas noches tuvo, y en el cual su acalorada fantasía fingióle el diálogo sostenido entre él y su estatua de la manera que, sin quitar puntito ni coma, transcribimos á continuación:

La estatua.—¿Tú por aquí, perillán? Ganas tenía de departir contigo un rato. Acércate. ¿Conque esas tenemos? ¿Conque son ciertos los toros?

«Conque no estás contento con arrojar á los pies del trono los laureles debidos á la libertad, con faltar en el Parlamento á tus deberes de liberal y de patriota, con aceptar la complicidad de una grave infracción constitucional, con resignarte mansamente ¡como un borrego! á los chanchullos silvelinos? ¡Pero tú te has propuesto, sin duda, mi ruina y mi deshonor! Tú quieres verme lapidada por los muchachos, cubierta con el lodo de las calles, manchada por el contacto impuro de las substancias más inmundas!

Sagasta.—No te exaltes. Cálmate. No des así crédito á rumorillos de plazuela. Estás mal informada. Yo soy muy liberal, mucho. Liberal de abolengo, liberal consecuente. Ahora que, como jefe de partido, he de mirar por el porvenir de los míos, que no tienen en el mundo otro padre político, y no fuera prudente...

La estatua (sin escucharle).—¿Dónde te has dejado el morrión? Es cierto que estás de muestra en el Rastro y que ya nadie te quiere? ¿Qué animalito es ese que llevas colgado al cuello? ¡Ah, ya! es el famoso regalillo, ¿eh? No, no vendes caras tus complacencias. No eres difícil.

Sagasta.—¡Había de rechazar!

La estatua.—¡No, si tú no rechazas nada! ¡Vaya, y poco bien que te sienta el collar! Estás guapísimo. Hete ya primo hermano del czar de todas las Rusias. ¡Bello fin de la carrera de un demagogo! Ahora no falta más sino que la monarquía te erija otra estatua, porque lo que es ésta (*golpeando con su puño de metal el pecho, que produce un sonido cavernoso*), ésta no te la ha erigido la monarquía.

Sagasta.—Yo creo...

La estatua.—¿Tú crees? ¡Vaya una novedad! No se trata aquí de lo que crees, sino de lo que no debes creer. No debes creer que hayan sido tu servil sumisión, tu interesado dinastismo, tu rendimiento cortesano los que te han granjeado la honra de verte en mi reproducido. Esos servicios dan llaves, libreas, borregos; se premian con cargos de sumilleres de corps ó de mayordomos de semana; pero no son título de gloria, ni conquistan la gratitud de los pueblos, ni el respeto de la posteridad, ni la admiración de los siglos. (*Enterredándose*). Viérate yo arruinado, perseguido, difamado, condenado, hambriento, proscrito por el servicio de las ideas.

Sagasta (aparte).—¡Antes ciegués!...

La estatua (continuando), y me sintiera ufana, orgullosa de ti; así perecieras de miseria en tierra extraña ó sufrieras en el presidio, confundido entre criminales, un cautiverio destinado á convertirse para tus conciudadanos en redención y libertad. (*Dos gruesas lágrimas surcan las bronceadas mejillas.*)

Sagasta.—Esas son exageraciones.

La estatua.—Mira, Práxedes: oyeme, escucha mi consejo. Yo soy tu ángel bueno; yo soy lo mejor que hay en ti. El Sagasta que adula, cabildea, intriga, rie, come y bebe, reside en esa envoltura de carne; el Sagasta que ha de ser juzgado por la Patria y por la Historia, ese lo represento yo. No me deshonres. Vuelve por mi prestigio. Aún es tiempo. Patrocina la reforma constitucional, rechaza la sanción regia, ampara la desvinculación de la soberanía detenida, consagra las postimerías de tu vida pública á la sincera defensa de la libertad, y si llegares—que si llegarás—á persuadirte de la absoluta incompatibilidad que media entre ciertas cosas, ve allí adonde te llamen tu conciencia de liberal y tus deberes de español.

Sagasta (confundido).—No puedo, no puedo.

La estatua (con voz de trueno).—¡Vete, repróbo! ¡Vete, apóstata! ¡Yo te desconozco, yo te maldigo! Tú no eres digno de mí. Déjame entregada á mi deshonor. Tu presencia me ofende.

Y, por un verdadero milagro de indignación, le volvió la espalda.

ALFREDO CALDERÓN

NIDOS Y TRONOS

Juan de Luna era amigo del rey. Un día, mientras sobre los campos la noche bruna como una manta negra lenta caía, con la regia mirada, severa y fría, habló el rey de esta suerte con Juan de Luna: —Juan, no te da la vida ningún encanto; no tienes otro amigo que yo; tu choza,

con su eterno silencio, llama al espanto. ¿Cómo sufrir se puede y aislarse tanto, en un mundo que rie, se agita y goza? ¿Que una mujer tu vida siembra de flores en el retiro obscuro que has elegido? Un nido es vuestra humilde choza de amores. ¡Venid! Yo os daré gloria, poder, honores! ¿Y quien por un palacio no deja un nido? Juan respondió:—Te engañas. Mi vida es bella. Una mujer me adora. Yo vivo en ella; mis nieblas se disipan con sus reflejos, y es ¡oh rey! nuestra choza como una estrella, que tan sólo es mezquina vista de lejos. Pues en las soledades de mi abandono encuentro á todas horas amor profundo, con la mujer querida nada ambicioso. Si unas leguas de tierra forman un trono, de una mujer y un hombre se formó un mundo. Un mundo es nuestra choza, y en ella unidos, van nuestros corazones por los espacios de los sueños azules desconocidos. ¡Si se desprecian nidos en los palacios, se desprecian palacios desde los nidos! Nuestra choza es un mundo; se alza severa en la cumbre de un monte, del bosque en medio la alegría con sus cantos mi compañera, y á las blancas paredes poniendo asedio, trepa hasta la ventana la enredadera... Cuando del sol los rayos matutinales á la ventana llegan, se trueca en oro el mundo á que dan vida mis ideales, y si pasa la luna por los cristales, sus reflejos de plata son mi tesoro.

Entre tanto, en la calle, la turba crece, y un *reco el rey* sonoro levanta el vuelo, viendo la turba armada, que resplandece, á Juan el rey pregunta:—¿Qué te parece? —Y Juan responde:—Estaba mirando al cielo!

RICARDO CATARINEU

Obreros y señoritos.

(*La acción transeurre en las inmediaciones del Ateneo. Un señorito que acaba de lucirse como tribuno, departe campechanamente con un obrero que se le ha acercado luego de concluida la conferencia. Es de noche. Está lloviendo. El señorito se ampara en un impermeable inglés contra el acoso pertinaz del agua. El obrero viste blusa, pantalón de pana raída, y lleva una boina ajustada á la cabeza.*)

Obrero.—¿De modo que han resuelto ustedes nuestro problema?

Señorito (enciende un cigarro).—Todavía no; pero estamos sobre la pista de la solución.

Obrero.—¿Esto quiere decir que van ustedes á renunciar á sus rentas; que se disponen ustedes á contribuir con el sudor de sus frentes á que retoñen y se sazonen los frutos de la tierra?

Señorito.—No; todavía no; pero ya hemos puesto en claro dos verdades: que trabajáis más de lo necesario y que no coméis lo suficiente...

Obrero.—Es un certero descubrimiento, del cual podéis enorgulleros. Bueno; yo creo que ahora os aprestaréis á privaros de algo en obsequio nuestro. Ustedes disponen de seis platos en cada comida; nosotros, de uno; ustedes duermen doce ó trece horas; nosotros, siete; ustedes usan ocho trajes en el año; nosotros, uno; ustedes tienen mujer y querida; nosotros apenas si podemos encarnarnos con el amor, porque es un sentimiento de subido precio; ustedes no afrontan más riesgos que los de su vanidad; nosotros vivimos á merced de nuestros instintos y de las pasiones que se amotinan fácilmente en la miseria; bajamos á los senos de la tierra en busca del metal que ustedes aprovechan; empujamos el arado con nuestros pechos para que ustedes coman; trepamos al andamio para que ustedes tengan holgada guarida; abandonamos el hogar, sometándonos á esa existencia humillante que se llama vida de cuartel, para que ustedes tengan quien les defienda si los extranjeros invaden el

territorio; les damos con nuestra docilidad el derecho de patearnos á su guisa...

Señorito.—¡Qué hermosa es la caridad!

Obrero.—Bueno; ¿y qué se proponen ustedes ahora?

Señorito.—¿Qué grande es la resignación!

Obrero.—Bien; pero ¿qué viene esa charla del Ateneo, esa verborrea que lucen ustedes en el Congreso?... ¿Qué nos van ustedes á dar?

Señorito.—¡Caridad! ¡Resignación! Son palabras de Cristo. ¿No sabías que Cristo resolvió á los treinta y tres años el problema social? Lo he dicho yo en el Ateneo.

Obrero (con despectivo acento).—Por fortuna estamos al cabo de toda esa gárrula sensiblería con que fingen ustedes un interés que no sienten por nosotros. Sabemos á qué atenernos. Estudiando nuestro mal, ceden ustedes á la más cruel de las voluptuosidades: la de poner la mano sobre una llaga que no van ustedes á curar. Ya se sabe qué extensión ocupamos en el mapa del sufrimiento universal. Lo que nadie quiere conocer es cómo podría disminuir esa extensión. ¿Se han figurado ustedes engañarnos con su caridad de pega, con su conmiseración embustera? Si existe una criatura en la cual no creemos, de la cual no aguardamos nada, esa criatura es el señorito: un sapo innoble, sin el menor viso de grandeza; un amasijo de crueldad, de pedantería y de soberbia. Pero, en fin; bien castigados están ustedes, teniendo por compañera de su vida al ser más insoportable, más vacío y más insostenible del planeta: la señorita.

MANUEL BUENO

EL SUPICIO DE UN AVARO

(DE HUME)

Murió un hombre que había sido muy avaro, y llegó, como todos los mortales, á orillas de la laguna Estigia, que le era forzoso atravesar á bordo de la barca de Caronte.

Exigióle éste el precio del pasaje, según costumbre, pero el avaro, que ni aun después de muerto había dejado de serlo, para eludir el pago, tiróse de cabeza á la laguna y la pasó á nado.

La sorpresa del infernal barquero fué tan grande, que se quedó estático y sin fuerzas para oponerse á aquella gravísima transgresión de las leyes; entre las almas que esperaban su turno para pasar á la orilla opuesta se levantó un espantoso clamoreo, y todo el infierno se conmovió al saber la estupenda noticia.

Pusieronse los jueces á deliberar acerca de la pena proporcionada á un delito de tan peligrosas consecuencias para las rentas del reino. ¿Se le encadenaría á la roca en unión de Prometeo? ¿Se le arrojaría al precipicio donde sufren su pena las hijas de Danao? ¿Debería ayudar á Sisifo en su estéril trabajo?

—¡No!—dijo Minos.—Eso es muy poco; hay que pensar en un supicio mucho más duro y terrible.

—¿Cuál?—preguntaron Eaque y Radamante.

—Obliguémosle á volver al mundo para que vea cómo derrochan sus herederos las riquezas que él amontonó.

LOS VENCIDOS

Son ciento, son millares, son millones Y avanzan en confusa muchedumbre con un sordo rugido de aquilones;

de un sol que muere á la rojiza lumbre desnudos, el mirar febricitante y agobiados de inmensa pesadumbre,

me buscan con el ánimo anhelante, los rostros consumidos de fatiga... multitud hoscas que soñara el Dante;

la falange me asedia, me fustiga como una sierpe en retorcidos giros, sin que su asalto rechazar consiga, y siento en las tinieblas, cual vampiros, pasar sobre mi frente sus alientos, sus gritos y blasfemias y suspiros:

«Venimos de los antros de tormentos sin fuego, de los lechos sin reposo do agonizan los cuerpos macilentos;

DON QUIJOTE

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

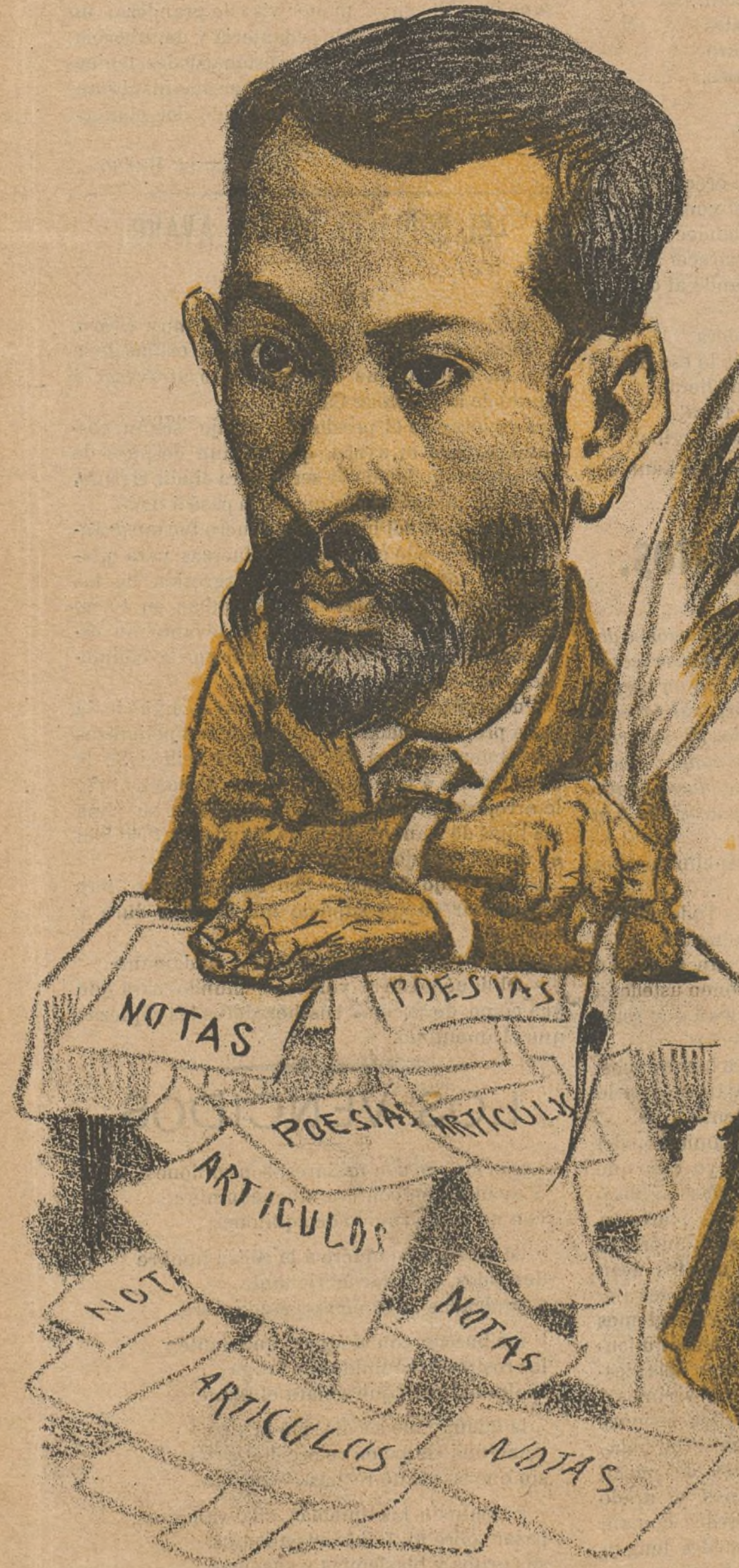


LO DEL VIAJE REGIO

Don Práxedes.—¡A saludar niños, que viene un mozo de retrete.

Reinar después de morir, ¡o siempre Sagasta!

LOS NUESTROS



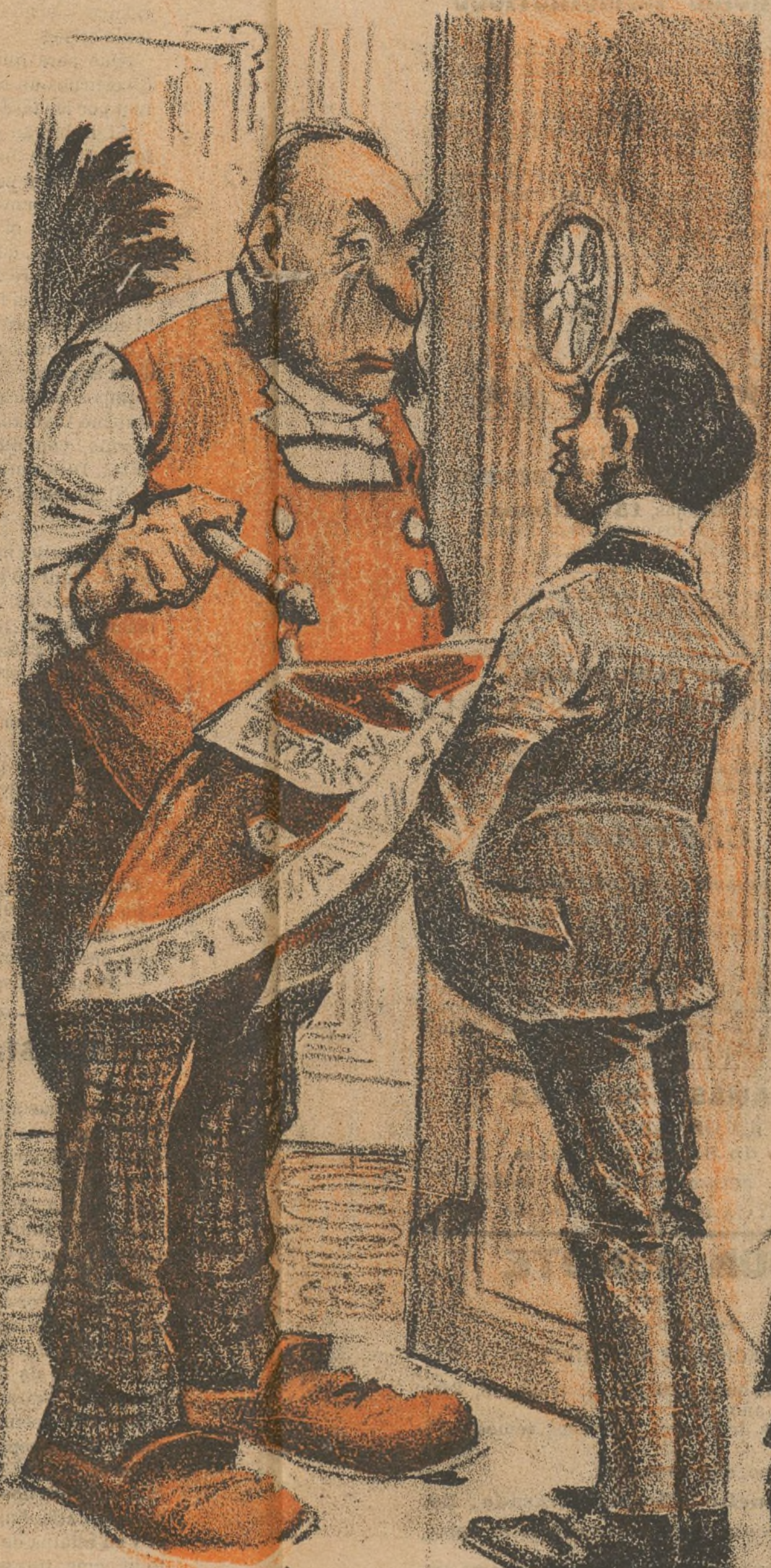
ADOLFO LUNA



—Desengáñese V. D. Práxedes, con su crisis olerá peor.
EL PUESTO DE LAS CASTAÑAS



La Mata.—Comadre, quiere V. que le traspase el puesto?
La Paca.—No, ahora no me conviene; están muy malas las ventas.



—¿Está el señor Ministro?
—¿Qué se le ofrece a V.?
—Pues que aquí le traigo este traje de librea de parte de la redacción de Don Quijote



—¡Amado hijo mío, tú serás en el reino de Comillas!



Suarez, reflexionando.—¿Pero por qué dirán que he quedado como un guñapo?

á nuestro paso exánime y penoso
dejamos rastro de infinito duelo,
—negra estela en abismo proceloso—

buscamos con ardor la fe en el cielo,
y el ideal nos traicionó; buscamos
el amor puro, fuente de consuelo;

también nos traicionó; fervidos vamos
á la eterna labor; y nunca alcanza
nuestro aliento al rigor de nuestros amos.

Del vicio ante la múltiple asechanza,
¿qué hacer así humillados y abatidos?
¿Dónde la fuerza está? ¿Do la esperanza?
¡Piedad, piedad, que somos los vencidos!

CARLOS ARTURO TORRES
Bogotá (Colombia).

LA COMPETENCIA

¿Sabéis lo que es competencia judicial? ¡No habéis oído decir que tal juez no es competente y que deben pasarse los autos ó la pieza P. al juez Q? ¡No os han asegurado que el juez de aquí debe inhibirse en el asunto aquel? Todo esto os parecerá extraño, porque si un juez sabe hacer justicia, lo natural es que la haga en cualquier perturbación del orden jurídico. ¡Vaya una frasecilla! Pero no ocurre así, y es natural que no ocurra.

La competencia se hace manifiesta en muchas ocasiones, y, por consiguiente, es preciso legislar acerca de las competencias.

Recuerdo un caso que os hará comprensible la competencia.

En un pueblo que no cito, por no faltar á la cita, se celebraba la fiesta de San Dimas, patrón del citado pueblo.

Hubo por la mañana gran función religiosa, y terminada ésta, los vecinos colocaron sus ofrendas en el altar mayor, con que éste se llenó de monedas, aves, frutas, embutidos y algunas alhajas. Todos los objetos debían ser vendidos en pública subasta, ó sea reducidos á moneda, sistema que yo aplaudo, porque de algún medio han de valerse para poder comer esos infelices que pasan su juventud estudiando una carrera que luego les obliga á ser el motivo de todas las murmuraciones, á morir de hambre y á soportar con paciencia que cuatro zoquetes logren economatos y canongías por la gratitud de una aristócrata penitente ó por las influencias afrodísacas de una ama bien construida.

Terminada la misa, quedó la iglesia desierta; cerróla el sacristán, y cuando, á las tres de la tarde, volvió á abrirla, hallóse con que San Dimas había desaparecido. Pero lo notable del caso es que el santo se había marchado con la limosna.

¡Consternación general en el pueblo! Se registraron las bodegas y las cámaras, pero no se encontró al santo. El juez municipal averiguó por su secretario que el hecho era algo más que una falta, y dió noticia de lo ocurrido al juez de instrucción. Este pidió ayuda al alcalde y á la fuerza municipal, y después de convenir en que existían los delitos de robo y secuestro, se ordenó á la Guardia civil que saliese en persecución del santo bendito. Pero aquí de la competencia: el cura dice que el santo se ha llevado lo que es suyo, y que se ha ido por su santísima voluntad; que se habrá ido seguramente enojado por la impiedad del pueblo; que lo que se debe hacer es rezar fervorosamente y ofrecer al santo una ermita nueva si vuelve á consolar el quebranto de sus devotos. El juez dice que un santo no se va tan fácilmente de la peana. El cura sostiene que todo lo logra el poder de Dios. El alcalde afirma que los santos para nada quieren alcachofas y gallinas; pero el cura rectifica diciendo que San Dimas lo habrá dado todo á los pobres del camino. El juez envía á la Guardia civil en busca del santo, y el párroco protesta y se va á la iglesia á rezar, acompañado de todos sus consternados feligreses.

Al día siguiente, el santo seguía perdido, y perdido siguió siempre. Los guardias civiles echaron la culpa al cura, que les había hecho perder un tiempo precioso; el cura echó la culpa al juez, que con sus disposiciones descorteses había enojado al fugitivo San Dimas, y los devotos se quedaron sin dádivas y sin patrón.

Ya sabéis, por consiguiente, lo que son competencias y los beneficios que proporcionan.

SILVERIO LANZA

PASARSE DE ATENTO

I

«Villafloja de Abajo. Tres de Junio.

Querido amigo Juan:

¿Preguntas en tu carta si aquí ocurre alguna novedad?

Pues sí ocurre y en casa y muy sensible.

¿Te acuerdas de mi Paz?

De fijo, porque á todos inspiraba interés especial.

¡Pobre Paz! No bastó para impedirlo la ciencia de don Blas,

y el martes falleció de una bronquitis en la espina dorsal.

No puedo acostumbrarme á que no viva entre nosotros ya.

¡Qué colores los suyos! ¡Qué miradas!

¡Qué gracia en el hablar!

En fin, mi Salomé, que la atendía con solícito afán,

recibió una impresión tan dolorosa cuando la vió expirar,

que hubo que darla tila con patatas,

éter del pozo, flan,

inyecciones de sémola y fricciones de aceite mineral.

Conque ya te he contado lo ocurrido, queridísimo Juan.

Recuerdos de mi esposa, y no te olvides de tu amigo

Pascual.»

II

«Madrid. Cuatro de Enero. Mi querido amigo don Pascual.

Con pena me he enterado por su carta de que la pobre Paz

(que en paz descanse) ha muerto. Usted reciba mi pésame cordial,

y por más que ahora mismo no recuerdo quién es ella (quizá

por las mil y mil cosas que hoy ocupan mi masa cerebral),

en mis cortas y estrechas oraciones por ella he de rezar,

aunque, si era tan buena, de seguro en la gloria estará.

Resignese usted, pues. Así lo espera su buen amigo

Juan.»

III

«Villafloja de Abajo. Seis de Junio.

Querido amigo Juan:

Por la muerte de Paz (de la que dices que no te acuerdas ya)

en tu carta de ayer veo que en serio el pésame me das.

¡Pero, chico, á quién diantre se le ocurre ir por ella á rezar!

¿Qué es lo que te has creído? ¿No recuerdas que llamábamos Paz

á aquella colorrita que mi hermano trajo del Canadá

y á todos nos tenía medio locuos con su locuacidad?

Pues esa es la difunta, y si la rezas, el tiempo perderás.

Conque, abur, y dispón como te plazca de tu amigo

Pascual.»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

PUDOROSA

Era la historia que recordaba me'or, más hondamente aquel pintor alocado, cuyas carcajadas, realmente homéricas, me hacían pensar en las orgías de Roma decadente.

¡Cómo cerraba los ojos para reírse, echando atrás la nuca, llena de impresiones luminosas, fugaces, vívidas, como un ardiente torbellino de color vibrante y vertiginoso, como el aleteo espléndido de una mariposa real!

Había conocido á una muchacha en un baile, se la llevó y vivieron dos meses de ternura risueña, juvenil, pagana, sin otra pasión que la que acaricia la forma y besa los labios. La otra no la sintieron, afortunadamente, ó por lo menos el pintor no había nacido para sentirla; ¿para qué? El era un buen muchacho, y juraba que no hizo más que emborracharla generosamente, hacerla odalisca de todos sus divanes, ceñirla todo el raso de su estudio y reírse locamente de las supersticiones de la muchacha ojerosa, que guardaba herraduras debajo del lecho y se colgaba dices macabros en su seno morenote de gitanilla.

Y cuando se cansó de vestirla de madona, de novicia, de Beatrice, de Ofelia, y desnudarla de bacante, de mártir y de diosa, la echó á la calle una mañana de murría, de cefalalgia, de inopia, hartío de amor, sin tabaco en la pipa y sin ajenojo junto al caballete.

Esto me lo contó riéndose; aquel muchacho era enteramente feliz. Con el último beso frío que dió en aquellos labios tristes y apurados, desapareció el recuerdo de la hembrita ignorante y desequilibrada, cuyo cuerpo perfumó el raso de sus sillones, y que había dejado flores mojadas y frescas en todos los rincones del estudio.

En fin, que la cosa no tenía nada de particular. Lo raro, lo inexplicable, vino luego.

Sintió una noche un orgulloso deseo de artista victorioso; acababa de obtener un triunfo con su *Muerte de Lucrecia*, y con la apasionada voluptuosidad que sienten todos los artistas por los aplausos fáciles, fue por ellos á la Academia; á aquel vivero de tristísimos fracasados que tanto conocía.

Estaban todos allí, los eternos, con sus trajes raídos, sus pobres pelos alborotados, sus caras pálidas y sus ojos brillantes de fiebre, de ambición y de envidia.

Pasó el turbión devotos tercias con que le ova-

cionaron, hubo un café general y hablaron de arte, envueltos por la luz adormilada de las pantallas verdes.

—A propósito, llegas á tiempo; ¿te acuerdas de Concha?

—Sí... la muchacha que yo...

—La ha traído Shara y hay disputas; éste necesita una garganta para su *Juana de Arco*...

El pintor había dejado de reír, y hacía estragos insensiblemente en su bóquilla de ámbar.

—No sé... es poco airosa, poco suelta; las formas son de niña... ¡En fin, allá vosotros!

—De todos modos, esta noche se prueba, quédate.

—No; me esperan en la Peña para un trato...

—Quédate, hombre... Mira, ya está aquí.

Se abrió la puerta violentamente y entraron dos muchachas precedidas por un turbión de carcajadas locas. Shara iba delante, jalando de la otra que se resistía, dejándose llevar de una mano, riéndose siempre.

Al fin, cuando se vió en medio del grupo, se puso seria de repente y dió las buenas noches, dejándose mirar, algo inquieta, arreglándose los pliegues del pañolón de indiana detrás de las orejitas.

—Vamos, no quería entrar la princesa...

Se encogió de hombros, apretando los labios, porque se le había ocurrido una chulería y no la quiso soltar, levantó la mirada, sin fijarse en nadie, muy abiertos los ojos, escrutó la sala un momento, se fijó en un lienzo desgarrado que colgaba de la pared, un pobre estudio de fracasado, el torso de un viejo desnudo, peludo, anguloso... y rompió en una carcajada, estridente, aturrida.

—¡Si no había que darle gueltas, aquel viejo era su agüelo, su agüelito!

Y palmoteaba, apoyándose en la espalda de Shara, luchando con ella á brazo partido, ahogada por una hilaridad loca y sin objeto. Al fin, se enfadaron:

—¡Bestia!

—¡Relebauna!

—Me has clavado el cormillo en un deo...

—¡Róncate!

—¡Sí!... ¡Toma, toma!

Y tornaron á retozar, persiguiéndose, llenando el salón de carreras y gritos, azotándose con los mantones.

Volieron de la excursión jadeantes, serias; la novicia con el vago temor de lo que iba á suceder:

—¡Es ya la hora!

—Andando...

Estaba sola en medio de los hombres, sonriente; indecisa, sintiendo vergüenza de su miedo... ¿Qué había...? Todos eran hombres, le hacía falta el dinero y aquello no molestaba tanto!

—¡Pero!

Shara la llamó, golpeando el biombo con los puños:

—¡A desnudarte!

—¡Ea!

Dió media vuelta y de repente tropezó con él... ¡no lo había visto antes! Y estaba allí, el malo, el pijo, el que la *retrató* tantas veces en el estudio, mirándola ahora con forzada sonrisa en el rostro:

—¡Chiquillo!

—¿Como estás?

—¡Buena!

Y se dieron las manos, dos manos frías.

Entonces anduvo ella muy despacito, cada vez más despacio, hacia el biombo, mordiendo una punta de su mantón alfofrado, con ganas de reírse y de llorar...

Detrás del biombo no la veía nadie y se estuvo un rato hosca, con gesto salvaje, con un hombre apoyado en la pared:

—Vamos, ¡desnúdate!

—¡Quita!

—¡Beata! ¡Ahora vas á salir con esa!

—¡Buena!... ¡Malarma, malarma, malarma!

Y se erguía con furia, tirando prendas á los rincones, exasperándose con los zapatos y con los nudos.

—¡Sí; todo afuera, todo á la... él ha tenido la culpa...

Sollozando casi, con un cordoncillo del corsé entre los dientes, sacudió la cabeza, como si tuviera el pelo suelto, y salió á la luz, sujetándose la camisa con las dos manos.

Un instante se detuvo, aturrida, en la mitad del camino; y luego de una carrera de un salto, se plantó encima de la plataforma, con el ceño contraído y los ojos brillantes. La envolvió el turbión amarillo de la luz. Aún tuvo tiempo de rozar sobre la alfombra un talón para quitarse una poca de arenilla que la molestaba. Sonrió por última vez y soltó las manos...

Entonces *apareció* completamente desnuda.

¡Desnuda, arrogante, extremecida!

Y esto lo vieron todos. Su hermosa carne de raso, de niña, enrojeció violentamente.

Sus ojos se cerraron y cayó desplomada sobre la negra plataforma, llorando, contrapida, tapándose la cara como la imagen sollozante del pudor, el pudor de la calle...

¡Entonces doliente y sublime como una virgen!

ADOLFO LUNA

LIBROS

La casa editorial Sempere y Compañía acaba de publicar dos libros nuevos con esa prodigiosa actividad que viene demostrando hace tiempo.

Uno de ellos es *La sociedad futura*, del famoso agitador francés Juan Grave. Esta obra, que es importantísima para todos los que quieran conocer el adelanto y las afirmaciones de la revolución sociológica, ha sido ya publicada en España por importantes bibliotecas, pero á un precio que hacía imposible su adquisición á la gran masa del público.

De la importancia de la obra nada hay que decir. El número de traducciones que se han hecho de ella en todo el mundo, hacen su mejor elogio. Juan Grave, el obrero poeta que por sus estudios ha llegado á convertirse en uno de los primeros publicistas revolucionarios, es un convencido, que por la sinceridad y la fe con que expone sus doctrinas avanzadas en *La sociedad futura*, impone respeto aun á los adversarios. Es el ideal generoso del poeta revolucionario que vaticina un porvenir mejor para la humanidad.

El editor Sempere ha conseguido dar en los volúmenes toda *La sociedad futura*, que forma en otras ediciones un grueso y costoso volumen.

Por dos pesetas se adquiere una obra, que en otras ediciones costaba ocho.

El otro libro que acaba de publicarse es *Las bodas de Yolanda*, del gran novelista alemán Sudermann, que cada vez agrada más al público español.

Sudermann en *Las bodas de Yolanda* es el mismo novelista de *El Deseo* y otras obras famosas, debidas á su pluma. Con esto está dicho todo sobre el mérito de la nueva novela.

Las bodas de Yolanda forma un hermoso volumen, con el retrato del autor, y, como todos los libros de Sempere, se vende al precio de una peseta.

Se ha publicado la séptima edición de *Gerónima*, uno de los libros más interesantes de la primera serie de los *Episodios Nacionales* de Galdós.

De este libro van tirados treinta y siete mil ejemplares.

Se halla de venta en todas las librerías al precio de dos pesetas.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Poetas, pulsad las líras para cantar el exquisito arte de los muebles de A. Vallejo, Alcalá 17!

¡Bendigamos á Dios en las alturas y al fabricante del *Antes del Mono*, D. Vicente Bosch, el primer licorista del orbe!

No hay mejor lotería, ha dicho Rodríguez, que asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla 13.



EL MÁS FINO, EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos. De venta en todos los estancos de España. Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana. De venta en todos los estancos de España. Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.